

CARMEN LUCÍA MEZA MARTÍNEZ

Es la más pequeña de las escritoras de La Cofradía, apenas con 13 años y ya con escritos que merecen compartirse. Actualmente cursa el segundo año de secundaria y prepara ya su fiesta de quince años. Sus aficiones son el dibujo, los mandalas y el cuidado de su perrita chihuahua, a la que llama “La Comadre”, es tesorera del Club Interact del Club Rotario Ejecutivo de Aguascalientes y aspira a ser actriz, escritora, futbolista o gimnasta.

El espejo de la casa blanca

Cuenta la leyenda que en la casa blanca de la Avenida Fundición que está cerca de mi casa vivía una pareja de gringos que eran dueños de una fábrica de hielos y exigían mucho a sus trabajadores.

Un día se descompuso una de las máquinas y nadie la podía arreglar. El gringo enojado se acercó a ver qué pasaba y decirles a los trabajadores cómo debían hacerlo. Entonces, pasó algo muy feo; repentinamente la cosa esa comenzó a funcionar como si no estuviera descompuesta y ¡pácatelas!, que le atrapa una mano al dueño.

Todos se asustaron y quisieron detener la máquina traidora, pero nadie pudo. Dejó de funcionar hasta que le destrozó el brazo al pobre gringo. Dicen que gritaba y lloraba desesperado: “¡Ayudaaaa! ¡Por favor!”. Aunque él no sabía hablar en español. Nada pudieron hacer y al poco tiempo se murió.

La viuda quedó muy triste porque sólo tenía a su marido, que ya había muerto. Desolada, se pasaba los días y las noches llorando frente a un espejo muy grande que tenía en su recámara. Dicen que, después de unos meses, no pudo más, y mirándose en el espejo se cortó las venas. En el espejo se quedó la imagen de la mujer aquella que murió al perder toda la sangre.

Cuentan que ese espejo todavía existe en esa casa blanca y que las familias que la han habitado no duran mucho tiempo ahí porque oyen los gritos del gringo que retumban por la casa: “¡Ayudaaaa! ¡Por favor!”, y cuando se asoman por el espejo aquel, todavía hoy, después de tantos años, se aparece la imagen de la señora con su cara triste y llorosa, sangrando de las venas... ¿Vamos?

Mi hermana brasileña

*¡Tengo una hermana brasileña!
Ustedes pensarán: ¿cómo que brasileña?
Pues sí, es mi nueva hermana y es brasileña.
“Lucinha”*

Miren, les voy a contar. El 23 de agosto, mi hermano Ángel acaba de cumplir sus 17 años, pero lo celebró en Brasil, a donde se fue de intercambio.

Ese día viajó a la Ciudad de México, se quedó allá un día y el 25 salió en avión a Santiago de Chile, de ahí a Río de Janeiro y de Río de Janeiro a Florianópolis, ¡y ya!, porque ahí era su destino. Estaba nerviosa porque él no sabe hablar portugués, bueno, muy poquito. Nunca había salido del país y todo el viaje lo hizo solo.

Por el intercambio del Club Rotario, en lugar de mi hermano vino a mi casa una muchacha brasileña de su misma edad. Se llama Camila. Pero, ¡no sabe hablar español ni inglés, sólo portugués! Y me pregunté: ¿cómo le voy a entender?, ¿cómo me irá a comunicar con ella?

En los primeros días no le entendía nada, pero ahora ya entiendo algunas palabras. Espero que ella también aprenda pronto el español para poder platicar más.

Se queda a dormir en mi cuarto que preparamos con adornos y todo lo necesario para que estuviera a gusto. Hay dos camas, una para mí y otra para ella, no hay problema porque compartimos como hermanas y puede poner sus cosas donde ella quiera. Casi siempre se la pasa escuchando música en portugués y creo que hasta me estoy aprendiendo las canciones.

Partí mi cuarto a la mitad, una parte para ella y otra para mí. Al principio era raro estar con alguien que vive en tu casa, come con nosotros, va a la prepa de mi hermano y le digo her-

mana, aunque no es de la familia. Pero nos estamos enseñando a compartir todo con ella y eso es algo maravilloso.

En su país, Brasil, hay dos horas adelantadas porque cuando aquí son las siete de la mañana, allá son las nueve. Vive en una ciudad muy bonita que se llama Goiânia. Algún día voy a ir a visitarla cuando termine el intercambio.

Por ella he conocido algunas tradiciones de Brasil: las comidas, el idioma, los paisajes, la música. Las comidas son diferentes, por ejemplo, la tapioca aquí es como gelatina, bueno, así la he probado, y allá son como crepas. En las fotos se ven muy ricas. ¡Quisiera probarlas!

Nosotros le enseñamos cosas en español, la música, lo que hacemos y nos acompaña a todos lados, hasta con mis abuelitos y toda la familia. Ya le tengo cariño y nos divertimos juntas. A veces platicamos por internet con su familia en Brasil y ella me dice de cariño Lucinha. Es padre tener una hermana brasileña, ojalá todos conocieran personas como ella de otro país para aprender muchas cosas.

Aunque... ¡extraño mucho a Ángel! Y sólo de pensar que va a durar todo un año en Brasil, pienso: “¡¡¡Noooo, es que es mucho tiempo sin ver a mi hermano!!!”.

¡Pero... bueno! Yo tengo la oportunidad de esta grandiosa experiencia y mi hermano la de poder conocer otro país. Pienso que tanto lo quiero que creo que no hay fronteras que nos puedan separar, a nosotros ni a nadie. Espero que así sea siempre, para cuando sea grande viajar por todo el mundo y conocer muchas personas.